



DOUGLAS FAIRBANKS y MERLE OBERON  
En una atrayente escena de "Los Amores de Don Juan." (United Artists.)



EL PINTOR JULIO E. BERROCAL cuyos cuadros han merecido el aplauso de la crítica en Norte América.



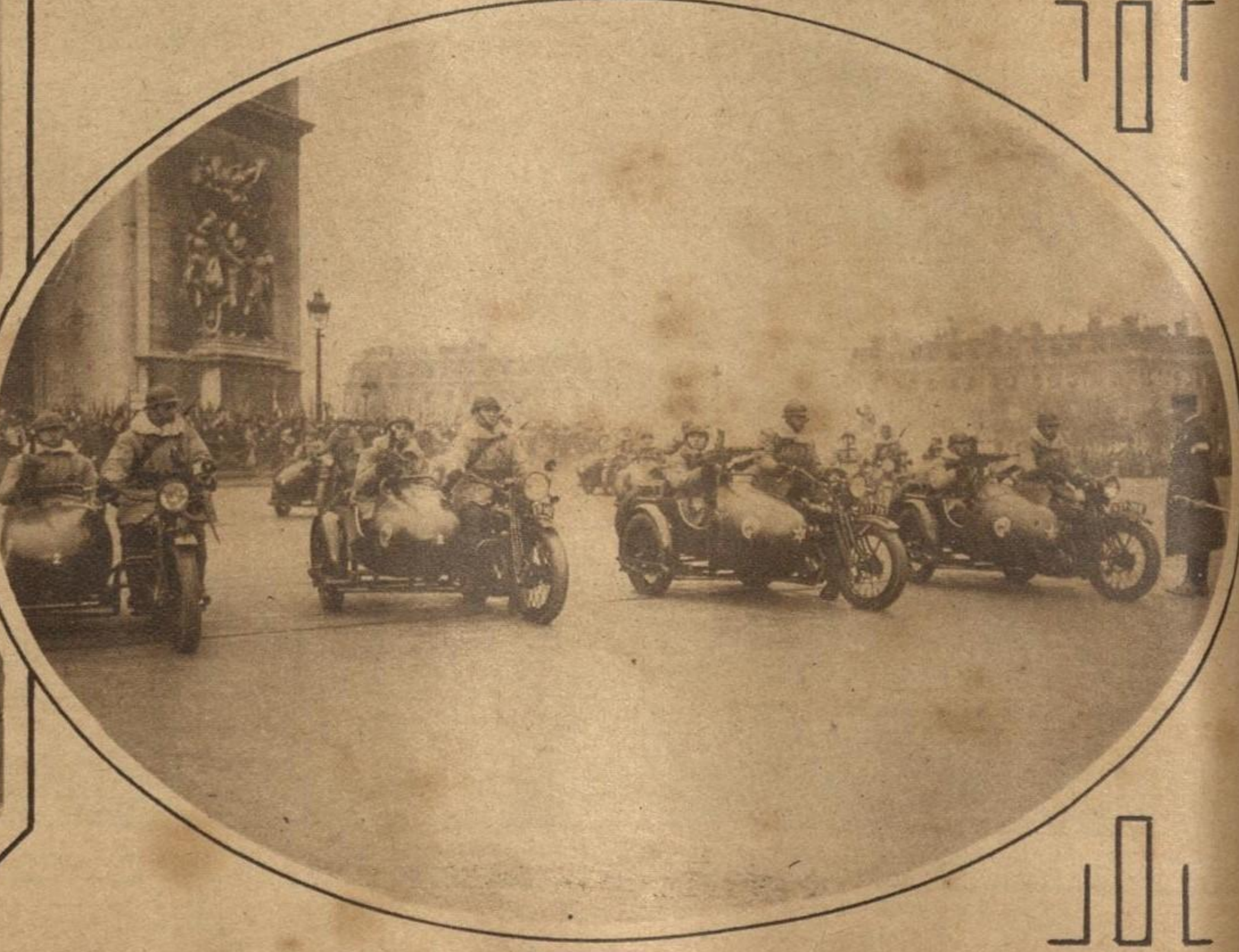
LAS ARDILLAS pequeñas pueden fácilmente criarse con la ayuda del biberón.



PLURIBUS UNUM, alegoría pintada por Julio E. Berrocal. Nótese el marco tallado en forma simbólica y de armonioso efecto.



LOS ENCANTOS de Picky Pickford, bailarina vienesa, justifican su éxito ante los públicos europeos.



EL EJERCITO FRANCÉS ha adoptado el uso de la ametralladora en sus batallones de motociclistas, sorprendiendo esta innovación a los observadores del reciente desfile ante el Arc de Triunfo de París.

# SEMANA GRAFICA

REVISTA ILUSTRADA— INFORMACION — ARTE — LITERATURA  
 Editada por la Compañía Anónima EL TELEGRAFO

J. Santiago Castillo, Director      Adolfo H. Simmonds, Jefe de Redacción.  
 CASILLA DE CORREO 824.— TELEFONO: CENTRO 1005.— CABLES: ANAGRAFICA.  
 CIRCULA LOS SABADOS      PRECIO CINCUENTA CENTAVOS

AÑO IV      GUAYAQUIL (ECUADOR), 23 DE FEBRERO DE 1935      Nº 195



Foto SANTOS.

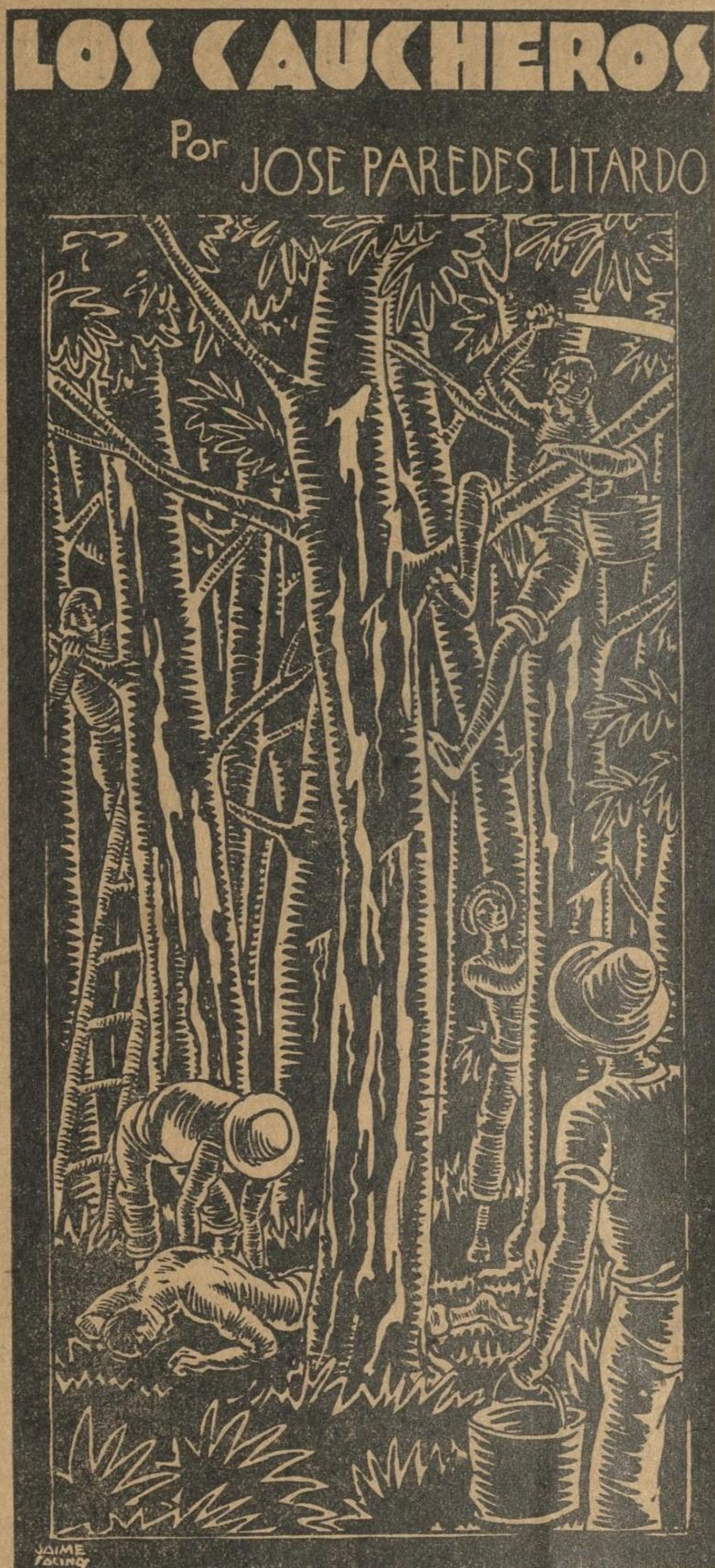
## JANET VIVAR

En la gracia de su pose, en la dulzura de su sonrisa, en la picardía de sus ojos, en el cautivador hechizo de su figura, digna de ser pintada en una pandereta, revela la traviesa nena que atesora en su alma un caudal de espiritualidad, que en años mayores la han de convertir en una linda y adorable mujercita.





Tascaban los machetes, como potros briosos. Enhorquetados como simios ondulaban pegados al tronco erguido, o sobre la valumosa rama. Muchas se descuajaban vidriosas, y un "ajo" tajante repercutía en los cauchales. Caía el hombre aferrado a la traidora rama y se revolcaba en el suelo con las costillas hundidas y el espinazo quebrado. Arañaba convulso la hojarasca; en sus ojos crecía una lama opaca de muerte; en su gruesa boca gorgoritaban buches de tibia sangre. Así, abajo, un hombre derramaba de su pecho un licor vital; arriba, el tronco desgarrado, chorreaba la leche codiciada: el caucho de maroma. Como una cuadrilla de zapadores, con una táctica instintiva, los caucheros se encaraman en los cogollos. Tasajean con insano anhelo la corteza de los árboles. Dos tajos incisivos, cortos: uno hacia arriba, otro hacia abajo; la cáscara se desprende; la savia brota a torrente como un humor pegajoso de una epidermis cernida de poros. Luego descienden acribillándole en grandes escalones. Chorros de savia; cascada de plata. Licor que salpica sus curtidors y hediondos cuerpos, se pega a sus vellos, a sus carnes. Hay embriaguez de acuchillar; ellos sienten con fruición, que el tronco gime, restalla hueco, con quejidos humanos. Y los machetazos remecan la montaña. Hordas semidesnudas que parecen condenadas a talar el espesor imponente de los cerrados cauchales. Se traspira un hedor a guardida de fieras, a caucho quemado, a sudor agrio, intenso. Tiran las sogas, paran las bamboleantes escaleras de caña gadaña, y trepan los caucheros en los árboles intocados, salvajes. Con sus tarros y cajones prendidos en sus espaldas; con los bolsillos repletos de tierra para aislar la pegazón de caucho. Los micos gritan asustados; los loros ensombrecen el cielo. Hay revuelos en el cielo y en la tierra. Y sigue la "picada", intensa, fiera, inacabable. La savia se coagula en el mismo tronco y se torna prieta. Allí, al día siguiente vendrán a recogerla. Otros aparan la leche el mismo día, encargándose de su mixtificación: la mezclan con arena fina, la que dará más espesor al caucho seco. O la entrieveran con aquella otra savia amarilla como pús, y que es el caucho malecho, tierno. Y sigue el murmullo de la montaña espesa, los ronquidos de las fieras próximas, ese canglor de voces roncadas. Un jadeo silente, agotador y los golpes taladrantes, con una persistencia torturadora de los machetes que acribillan los troncos y los cerebros, y que retumba, se hace enorme, en la áspera montaña.



Se apretujan unos contra otros, como "quitacalzones". Otro infeliz, agarrado al cogollo tierno, como gajo de cocos, se desplomó violento. Dando tumbo de rama en rama, se hundió en el lodó. Gruñía como cerdo herido. Un montuivio tuerto, overo, amojamado, con una mueca epiléptica que le hacía tener perennemente los dientes al descubierto, mascullo gangosamente: —Uno menos... se fregó pó bruto... las ramas q' dan ar sur son flojas pó q' er viento no las embiaste... —No compadre... er arbol jése es jembra... ellas son marditas toa la vida... —Calle pariente... habla usté como er loro... no conoce lo q' es la vida... —Guá... la vida?... Cauchá pá creciente... tumbá cacao... abrí montañas pá er patrón... viví en er monte hasta q' er enemigo lo despansurre a uno pó una mujé o pó robajle argo... ¿qué má?

Gargajeó groseramente. Con sus ojillos de "comadreja" miró el grupo de compañeros rotos, pringados de lodo y caucho, acezos como reses después de un vado. Hacían cerco al rededor del contuso, quien se contorsiona-

ba desesperado mientras que un "sobadó" lo zarandeaba torpemente. Se alejó con un tarro ahuecado. Mascó el machete, se embarró de tierra las calludas manos y trepó ágil a un caucho. Arriba, hundía el acero en la corteza elástica y lechosa. Dominaba la copa de los demás árboles. A su espalda, en un potrero perdido, cabrilleaba con un verde profundo, una cinta sinuosa y ondulante. Era el río. Deseó... Instintivamente mastió, como ciruela verde, un insulto. —Ai... si la vida fuera como er río... pá er pueblo... pá er Guayas... Y seguía tragando algo amargo, ácido, que lo hacía carraspear. Se apaciguó. Rezongó. —Ajo... si ar menos tuviera pá un trago... De abajo, de la tierra, de los montes, en su pecho mismo, repercutían feroces los machetazos a que estaban condenados a dar en los frescos árboles o en sus propios cuerpos, aquellos infelices caucheros...

El calor sofocaba. La montaña era un horno. Humeaban las grandes artesas de barro donde se cocinaba el sancocho. Los cauchales se remecían vomitando savia de sus cortezas heridas. Los hombres con furiosos empujes, clavaban con exacto cálculo sus machetes. Los gritos ensordecían. Las pocas cholas, indiferen-

tes a las rudas faenas de sus maridos, rebullían en la improvisada ramada. Descuartizaban una "guanta". Y mientras lavaban el tripaje del animal, una de ellas pellizcó a la compañera: —Bós lo conocés... —Lo senti anoche rastiándose como gato... —Pó er sudó ei sacao quien fué... er Adelo... —Que guanábana jéres... ¿cómo tedejastes fregá? —Así son las cosas... a mi marido lo pesiguió la vela der muejto mientras pescaba... y a mí... Sin camisa, pecho velludo marcado por una cicatriz descarnada, Adelo pasó al lado de la chola, rozándola... En sus hombros se encaramaban pelotones de caucho petrificados. La montuvia se tornó hoesca; sus fosas nasales se aventaron ante el almizcle picante y delator del montuivio. —Marvao... se lo voi a contá a mi marido... Se rió el cholo; castañó la lengua como si paladeara algo delectoso, y se mezcló con los caucheros. Y sin dejar de mirarlo, tembándole los senos, la campesina siguió en su tarea. Embrutecida, deparía gravitar sobre su vida, sobre sus hombros; la voluntad pujante "der más jómbré"...

Como tábano, un chino se acercó a un cauchero. Amarillo, con sus ojillos de "guatinga", le ha-

bló meloso con aquella lengua entrecerada y repugnante: —Aló compale... buena coji-dá... —Buena, compale... Felis bós q' tenés tu tienda y comprás er caucho sin sudajlo... —Callao, paisano... libra 'é caucho lobao pagá doble. Y su figurilla cadavérica, es pantable, se filtró entre esos ruidos hombres y en sus oídos vertió aquellas quemadoras promesas. Renació un impetu en la picada. Los hombres se movían con más precisión. Se miraban con un desearo desmedido en sus movimientos dudosos. Y la mueca histérica del chino, de hundidos dientes sarrosos, aliento corrompido, fue un símbolo, una esperanza en aquellas testas encallecidas.

El dueño de los cauchales, propietario de ilimitados brusqueros y extensas montañas, con único título que un peso de acción comunaera comprado en veinte sueres. Empolainado, descalzo, tumbado al pie de los enormes mojones de caucho ennegrecido, espialba la cogida. A él "naide le robaba". Cerca del ramadón, guardaba los bunques y tarraadas de caucho seco. A su lado, Adelo "espurgaba" el caucho. —Patrón... er jornal es regularsón... pero alejao der pueblo, jalaos como micos en los járbotes foos los días, aguantando er sol diarriba y pó la noche er caló q' brota der suelo... Le brillaban los hombros; los jejenes se pegaban en su sudor mermeloso, y perecían. Se soplaban con hojas de bijao. —...mejó me voy pá las "garzas chicas", allí no se friega uno tanto y ar q' sabe sacá caucho 'é maroma no se lo entrieveran con er "andullo" como aquí. Y Adelo escupió, torvo, malintencionado. —Vomita, bruto, ¿lo entrieveran aquí? ¿habís visto argo?... —Patrón es q' jai cosas q' mejó es callajla... er marido désa chola lo vide negociá con er chino Chué, de riojóndo... Las bombas del patrón se colgaron. En sus estriadas pupilas, el pucho que fumaba, se triplicó. Adelo volvió a desgarrar sin ganas, secamente. En su rostro había la expresión fiera del tigre que baña su hocico en sangre tibia. En sus picaros ojos bailaba una finísima alegría que hería como puñaleta.

Humeaban las hornillas. Los faroles espejeaban como cocuyos. Se sintió la proximidad del tigre. Su hedor peculiar atosigante, inflamó las narices de aquellos hombres acampados en plena montaña. Rachas a orin fermentado, a tierra podrida, los hacía mantenerse alerta. —La conga y er tigre nos friegan er alma... Un mulato tendido cara al cielo, mascando algo que nunca dejaba de rumiar, escupió sonoramente. —Hemos picao los cauchales... er caucho se derrama como er agua q' sudamos... meses embuti-cos en er monte, a dos días 'é Quevedo y son er tigre q' nos cuida... que vida pá perra... Apañados, trasegando "guarapo", cantando "cachos", los caucheros se "comían la noche". Una chola gritó: —Patrón... patrón... a mi marido lo'an dañao en er estero... la vela 'e muejto lo'a trastornao... Y la montuvia lloriqueaba. Un cauchero, enteco y palúdico, vomitaba como borracho. Gesticulaba sin entenderse, hasta que poseso de un delirio moduló, como mono: —... la vela... la vela... Otro veterano, grave, lo palpó: —Lo han fregao ar pobre con zumo 'e guarú... Con los ojos de toro ahogado, arañándose y babeando un licor verdoso, espumeante, gritó espantado:

# Plenilunio

Especial para SEMANA GRAFICA

Por Sergio NUÑEZ



Lluvia de plata vertida sobre el testuz del alcor, lluvia de ensueños que vienen desde un Ofir de ficción.

La lunita provinciana se ha divorciado del sol por quedarse con los niños y con mi viejo dolor.

¡Qué africana soledad!  
¡Qué resignado rincón!  
Los campos no tienen sueño, la atmósfera sincopó. Los ijares de las nubes vierten frígido sudor, llevan pedrisco de estrellas, pero Venus despertó.

Un mentidero es el cielo donde juegan en turbión las Walkirias de aire fino y los duendes de algodón.

Montes y montes dormitan en su lecho bicolor; el viento los vapulea y aquí al mocos, un dragón.

El abuelito recuerda que en país de esplendor Andersen donaba perlas y gigantitos Perrault.

Canícula deliciosa, airecillo embriagador, la vendimia ya se acerca de la primera ilusión. ¡Qué bien huelen las consejas! ¡qué sonrojo de la flor que arranca la quinceañera para su ingrátido dios!

Parece cerca, muy cerca la eruptiva combustión del Cotopaxi druida milenario vengador. Lejos regatea el gallo su serenata precoz, y en el fondo de la calle la perranguera gruñó soñando en el rey Asuero y en la escala de Jacob.

Juega, juega, aventurera, luna de plata y plumón con los bastardos y malos, con el rapaz de color: ellos te darán cobijo, ellos besos y arrebol.

Y tú gnomo millonario, compañero de Oberón sigue tejiendo mentiras y sucedidos, que yo como un fresno desgajado que a las bardas se pegó, me engañaré con los niños y yantaré mi ilusión.

Sergio NUÑEZ.

# DE LA MUJER, DEL HOGAR Y DE LA MODA

PAGINA DEDICADA A LA ELEGANTE FRIVOLIDAD FEMENINA

## EL ULTIMO GRITO DE LA MODA



El modelo de "Tailleur" a la izquierda es creación de Jenny. Es de alpaca negra, tiene banditas insertadas anudadas en el talle; este detalle se repite en las mangas. Con él se usa una pechera de organdi blanco con un cuello y lazo de raso blanco.  
El modelo de la derecha es un vestido de seda negra, con motivo de trébol de cuatro hojas adornando el borde de la túnica.

Por IRENE VAIL  
Especial para SEMANA GRAFICA

NUEVA YORK, N. Y. — No solamente existe el aspecto humano en las noticias, sino que también uno influyente, con especialidad cuando se trata de las modas. Así, pues, tenemos a la China y el Japón, por ejemplo, incluidos en la lista de los países de donde los "couturiers" franceses de mente ágil, obtienen sus ideas para los más primorosos vestidos. Todo lo que llega al centro productor del diseñador de la moda, es abasto necesario. Nuevos estilos de sombreros

Algunas veces, un estilo es favorecido de la noche a la mañana, pero por lo general, necesita alrededor de dos años para ser desarrollado. Algunas veces, la demasada popularidad que destruye una idea casi con la misma rapidez con que aparece, resulta en el estilo más principal, entre las mismas o parecidas líneas. Por ejemplo, fué la moda de corta vida basada en la Emperatriz Eugenia, lo que estimuló la originalidad en la moda de sombreros, al extremo de que éstos en la actualidad son en realidad excitantes, diferentes y en conjunto valen la pena. Algunos son sombreros de notable tendencia china, otros son tirolenses; pero la cosa realmente importante, es que son imaginativos y usables en una u otra forma.

Todavía se da énfasis al sombrero de tamaño grande, yendo en la delantera los marineros. Los

sombreros grandes son necesarios para equilibrar la silueta de "ventarrón", la que tiende a estar en una u otra dirección, o en varias direcciones.  
Colores al Pastel  
La mujer corriente está mucho mejor con algo claro, tal vez rizado o fruncido en el cuello. Si el color blanco no le sienta bien, permítaseme recordarles a mis lectoras, que los adornos del cuello podrán obtenerse en todos los colores al pastel, algunos de los cuales han de ser muy primorosos y lisongeros.

Si usted prefiere algún arreglo a base de flores, en vez de cuello, hay algunas ideas encantadoras. Cuellos de marineros han vuelto a la moda y para uso por la noche este cuello ha hecho una llamativa entrada en el mundo elegante. Algunas veces sirve meramente para cubrir el hombro al usarse un vestido de encaje de aire distinguido, y, por supuesto, el cuello es desmontable; y cuando se usa, tiene una forma cuadrada o en forma de V en el frente.

## TRAJES CLAROS

Como se puede hacer un traje claro con un metraje insignificante y con tela cuyo precio es muy bajo, no hay razón para que el guardarropa de toda muchacha no esté bien provisto de estos encantadores trajes claros y lijeros, como alas de mariposas.

—Se puede tener un traje

## CORTE DE CHAQUETA



La elegante chaquetilla que luce el traje de la ilustración, puede cortarse por cualquier molde de corpiño común. Este estilo de mangas es muy propio para telas de seda suaves. Para trajes de lino, u otras telas de algodón, es preferible usar las mangas lisas. Voy a enseñar aquí la manera de hacer ambas clases de mangas.

En primer lugar, se le hacen al delantero del molde del corpiño, los ligeros cambios necesarios para cortar la chaqueta. La línea del centro del frente del molde se recorta en una ligera curva desde el hombro hasta un punto un poco más abajo del busto, como se muestra aquí en A. En seguida se ensancha un poco la sobaquera y se le agrega vuelo a la línea de la costura del lado, como en B. La sobaquera no debe ensancharse más de 13 mm. en el delantero y 13 mm. en la espalda. A) molde de la espalda también se le agrega vuelo al lado, como se indica en C. Se toma sobre el cuerpo el largo que se quiera hacer la chaqueta y a esta longitud se le agrega 4 cms. para el dobladillo.

de linón verde limón, adornado con una corbata y cinturón azul marino. Las notas de azul marino pueden ponerse asimismo en los puños de las mangas y en los bolsillos.  
—Otro de tela verde chartreuse, adornado de encajes del mismo color, en las mangas y en el pecho. Ese encaje dejará ventanas graciosas por donde los rayos del sol entren con toda libertad a acariciar la piel.  
—A ninguna mujer debe faltarle traje tan práctico y tan lavable como el de simanting o el de lino blanco. Estos trajes tienen la propiedad de adquirir más brillo y nitidez mientras más se lavan.

Se les adornará con grandes botones azules o rojos.  
—Un vestido de tela rosada, a cuadros, será también encantador. Con él se podrá usar un pequeño abrigo corto de tela azul jardinera.

## TRAJE SASTRE



Este elegante "tailleur" de "tweed" puede ser sin duda una magnífica adición al guardarropa de toda mujer. Nótese los bolsillos bastante amplios y el tabloncillo en la falda.



PASTORAL, por Paul Gaigneau  
La melancolía del crepúsculo cubre el regreso del rebaño que vigila atento el perro listo a proteger a las ovejas de cualquier peligro. (Luxemburgo.)



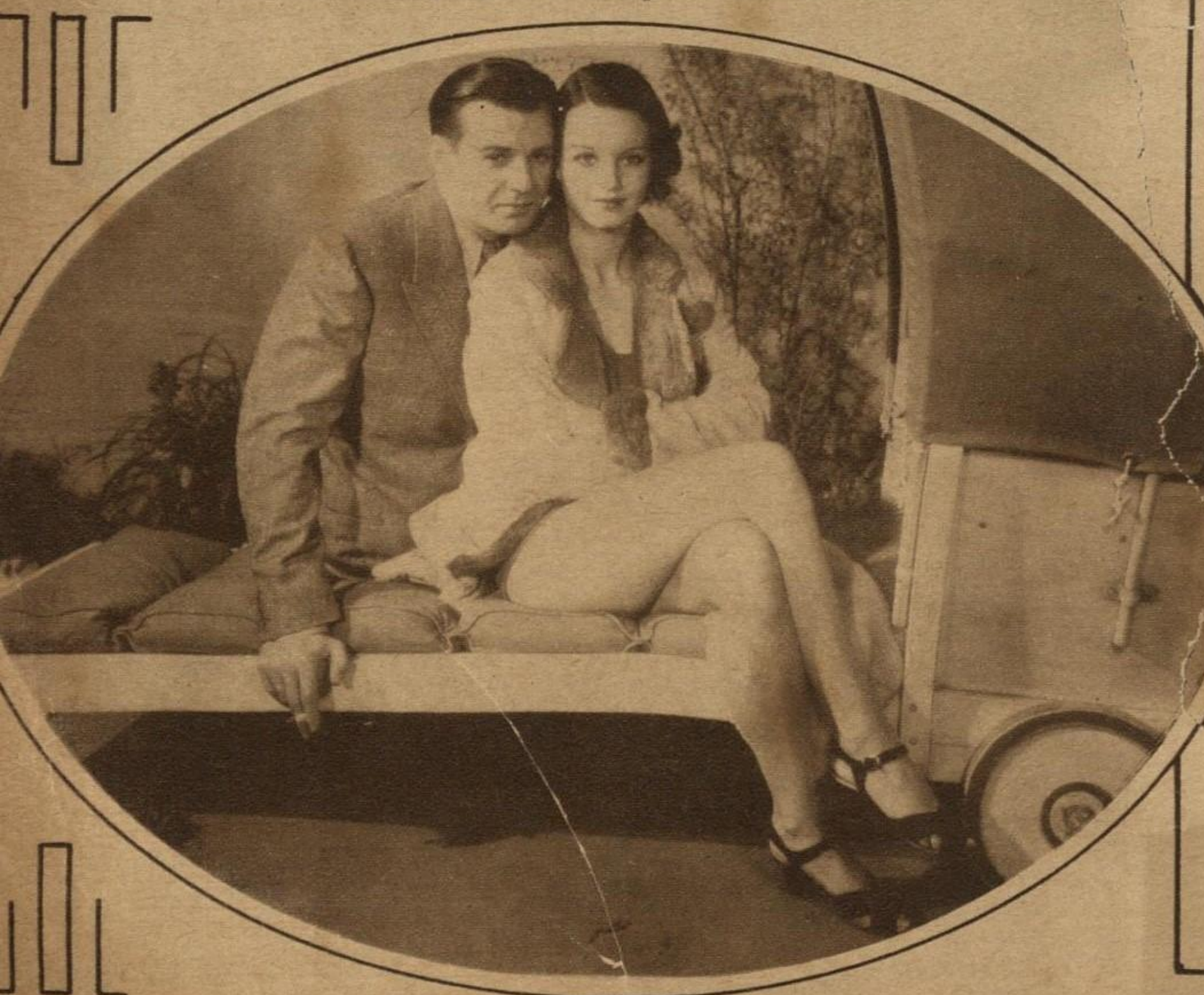
DON, perro pastor de Tuwila, Estados Unidos, tiene a su cargo la custodia de mil pavos quienes le obedecen como si fueran ovejas.



LA SUGESTIVA belleza de Lillian Harvey, estrella de la Fox, se revela en esta pose llena de seducción.



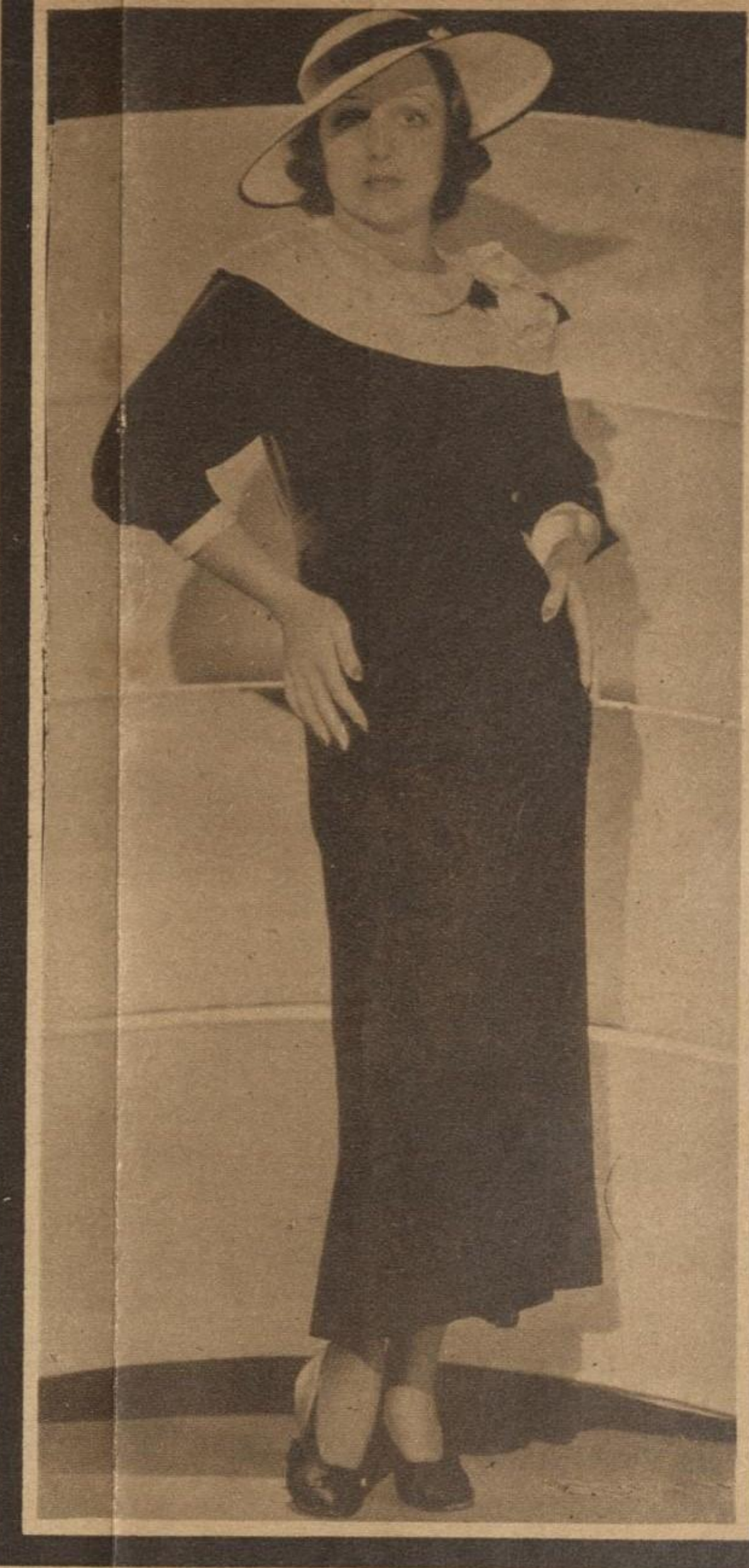
UNA FAMILIA MODELO, según Mussolini.—Los esposos Romito, de Plazencia, cuentan ya con catorce vástagos, pero contando la señora Romito solamente cuarenta años, proyectan completar dos docenas.



ROCHELLE HUDSON y G. HUNTLEY en una de sus más recientes películas para la Universal "I Have Been Around."



UN MANICURISTA IMPROVISADO.—El guardián de los elefantes del Jardín Zoológico de Londres efectúa cada primavera esta delicada operación.



EL ENCANTO DE ESTE VESTIDO de fiesta consiste, más que en nada en la gracia de las líneas con que remata la falda y que se advierte también en el adorno del escote.

FRANCES DRAKE, de la Paramount, con un elegante vestido para ir de tiendas, hecho de tela de color azul marino, con mangas a medio brazo y cuello y puños blancos

### LA MODA EN EL CINE



LA TAFFETA, recortada en círculos minúsculos, se halla bien combinada sobre la tela negra y vaporosa sobre la cual se destaca. Es una creación de Hattie Carnegie.



EXOTICO Y DE UN MARCADO ESTILO náutico resulta este vestido en el que destacan las sibilinas de los yates, con las líneas de los cables y las figuras de las áncoras.



ALTERNANDO CON GEORGE RAFT en reciente película, Frances Drake fué admirada con este conjunto que pretende evocar la indumentaria de las mujeres latino-americanas.



CONJUNTO DEPORTIVO MUY ORIGINAL y adecuado para las aficionadas al tenis, quienes al terminar su partida se hallarán completamente transformadas con la falda que se cierra por medio de una fila de botones en el frente.

# HUMORISMO GRAFICO

DE PROPIA Y AJENA COSECHA

### GRANDES PRECAUCIONES



—Así es que usted viene a pedirme la mano de mi hija, no? Está bien; ¡Concedida!  
—También quería pedirle cien pesos prestados.  
—Usted está mal de la cabeza. Cree que voy a prestarle dinero a un desconocido?

### FIRMEZA



—Lo siento mucho; pero este mes no puedo pagar el alquiler.  
—Eso mismo me dijo el mes pasado y el anterior.  
—Lo cual le demostrará que tengo palabra.

### PRECIO PERIODISTICO



—No señora. Es mucho, yo no soy más que un pobre periodista.  
—Periodista? ah, entonces el precio de la pensión es irrehizable, y sobre todo el pago será adelantado.

### DOS PROVERBIOS



El clásico: —Ningún hombre es grande para su ayuda de cámara.  
El moderno: —Todos somos Napoleones para nuestro perro. Por eso los perros son populares.



### ¡QUÉ DESGRACIADA SOY!

En el "boudoir" de la señora Julia Bourache.  
RAUL.—Julio, ¡la adoro!  
JULIA.—Otra vez!  
RAUL.—Siempre! Y usted, cuando me amará?  
JULIA.—Nunca!  
RAUL.—¿Falta mucho para ese día?  
JULIA.—Escuche, Raúl; ¡necesito repetirlo lo que le he dicho mil veces?... Usted me inspira la más viva simpatía...  
RAUL.—¿Nada más?  
JULIA.—Si prefiere, le diré que lo amo.  
RAUL.—Lo prefiero.  
JULIA.—Pero mucho más amo a mi esposo.  
RAUL.—¿Qué absurdo! ¡Eso está fuera de moda, Julia!  
JULIA.—Confieso que, en ese sentido, no soy una mujer a la moda. Pero aún cuando no amase a Jorge y estuviese perdidamente enamorada de usted, la cosa no cambiaría. ¡Estoy dispuesta a ser una mujer consciente de sus deberes! Además, Jorge es amigo de usted.  
RAUL.—Sí... hasta cierto punto.  
JULIA.—Y usted se atrevería a traicionarlo?  
RAUL.—¿Cómo no? Ya yo mismo le doy el mal ejemplo, Julia.  
JULIA.—Mal ejemplo?... ¡Usted es un monstruo, Raúl!  
RAUL.—¡Gracias!  
JULIA.—Un individuo sin dignidad, sin conciencia, sin escrúpulos.  
RAUL.—Un hombre, en fin.  
JULIA.—¡No! Mi marido es un hombre... incapaz de engañar a nadie. ¡Ni siquiera a mí me engañaría!  
RAUL.—¿Está usted segura de ello?  
JULIA.—Segurísima.  
RAUL.—¿Y si se equivocase?... ¿Qué haría usted si Jorge la engañara?  
JULIA (con súbita rebeldía).—¡Vengarme!  
RAUL.—¿Con quién?  
JULIA.—No me importaría con quién...  
RAUL.—Perfectamente. Reclamarme, en ese caso, el derecho de prioridad.  
JULIA (riendo).—Muy bien... ¡Julia, la adoro!  
RAUL (hecho de una pausa).—¡Julia, ¿vuelta a lo mismo? No, por favor. No caiga usted en la vulgaridad... Mejor sería que dejásemos para mañana la nueva declaración de amor... Hasta mañana.  
(Raúl sale, dócilmente).

### OJALA



—Ya sabes que las mujeres están trabajando por una ley que declare la independencia económica de hombres y mujeres?  
—Claro que sí! Y ojalá lo consigan, así el hombre podrá tener derecho a la mitad de su sueldo.

### CUIDADO



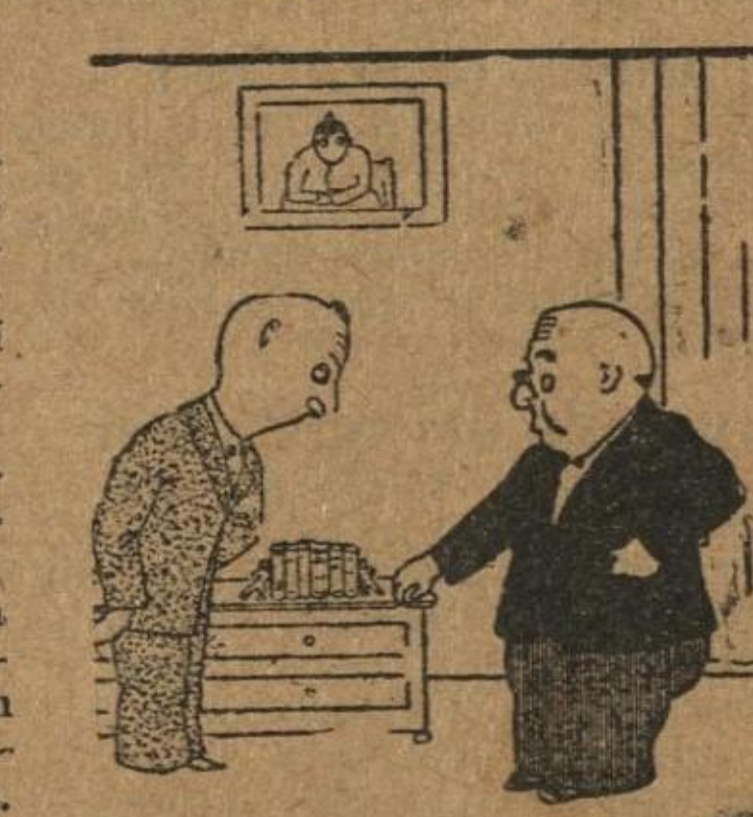
—Es tu marido miembro de alguna sociedad secreta?  
—El cree que sí, pero habla durmiendo.

### MARIDO Y MUJER



—¿Cuándo dejarás de tratar de manejar el automóvil desde el asiento trasero?  
—Y cuándo tratarás de dejar de manejar la cocina desde la mesa del comedor?

### INTERPRETANDO



—Quiero casarme con su hija.  
—Bebe usted, joven?  
—Gracias; pero arreglaremos este asunto del matrimonio primero.

### ENTRE ESTUDIANTES



—¿Pasaste tu examen?  
—Bueno; déjame explicarte...  
—Choca, yo también fracasé...









# EL MAHARAJA



POR ANDRE BIRABEAU

En aquella sala el novelista recibía las felicitaciones de todos los aduladores. Una de las damas presentes le dijo: "¡Pero qué gran psicólogo es usted!... Parece increíble que pueda penetrarse tan a fondo en el alma de los hombres". Y el novelista contestó sonriendo:

—Quiero hacerle una confesión, mi estimada señora; nunca me he propuesto ser psicólogo. Procedo siempre instintivamente, sin reflexionar; mi labor carece en absoluto de mérito... Por otra parte, señora, los grandes psicólogos no son seres extraordinarios sino vulgares.

Los circunstantes no ocultaron el asombro que esas palabras le producían. Y el novelista prosiguió:

—Daré la prueba de mis afirmaciones contándole la historia de los esposos Dupontel. Era un matrimonio modesto. Julio Dupontel estaba empleado en una gran empresa comercial. Ernestina de Dupontel atendía con volup-tuosidad su pequeño departamento de tres habitaciones. Personas sencillas, como ustedes ven, en quienes nadie sospecharía grandes dotes psicológicos. Su conversación no iba más allá de las bromas de la oficina o de los chismes del barrio. Veladas íntimas a las que sólo eran invitados los parientes más próximos. Los domingos, un paseo por el bosque, una sesión de cine. Y nada más.

Julio Dupontel era lo que la gente ha dado en llamar "un buen hombre". Es decir, un hombre insignificante. Ernestina tenía algo extraordinario: su belleza, realizada por su gracia y por cierta viveza en la mirada.

El señor Dupontel regresaba todos los días a su casa a las seis de la tarde. Resumía a su esposa las alternativas sin importancia de su día de oficina se calzaba un par de pantuflas, se despojaba del saco sustituyéndolo por una blusa e instalábase en una butaca para leer su diario hasta la hora de la cena.

Aquella tarde, mientras Julio Dupontel se calzaba las pantuflas, Ernestina tomó el diario y lo desplegó, como hacía siempre, para darle un vistazo. La esposa de Dupontel se hallaba de pie; él acababa de sentarse y no podía ver el rostro de Ernestina oculto por el periódico. Pero, de súbito, Julio Dupontel oyó que Ernestina lanzaba un grito semiahogado. Y vio que el diario temblaba.

—¿Qué sucede? ¿Qué tienes?— inquirió.

En el mismo momento, el periódico cayó al suelo. El rostro de Ernestina mostróse pálido y demudado.

—¿Qué, Ernestina? ¿Qué te pasa?— insistió Dupontel.

Palabras inconexas brotaron de los labios de Ernestina:

—Dios mío—gemía la hermosa mujer—. ¡Gravemente... herido!... ¡No puede ser!... ¡No!... ¡Se muere!... ¡Se muere!... ¡Querido!...

Y se dejó caer sobre el lecho, sollozando.

Julio Dupontel permaneció aún algunos instantes indeciso, perplejo. No se explicaba la actitud ni las palabras de su esposa. Por fin, gritó:

—¡Habla! ¿Qué sucede? Y recogió, con ademán violento, el periódico caído. Un título lloró en seguida su atención: **ATENTADO CONTRA EL RAPIDO PARIS-VENTIMILLE. Y, más abajo: ¿CRIMEN POLITICO? EL MAHARAJA DE BATHALA, QUE FIGURABA ENTRE LOS PASAJEROS ES UNA DE LAS VICTIMAS. LISTA DE MUERTOS Y HERIDOS.**

Dupontel miró a Ernestina. La pobre mujer, acurrucada, como un animalito herido, seguía gimiendo:

—¡Querido!... ¡Se muere!... ¡Se me muere!...  
Dupontel se negaba a compren-

der el sentido de esas palabras. Aferró a la esposa por un brazo; la sacudió:

—¿Qué dices? ¿Qué dices?... ¡Habla!

El cuerpo abandonado, Ernestina se limitó a murmurar:

—Has de mí lo que quieras... No me interesa vivir... ¡Se muere; se está muriendo!...

Ya Dupontel no podía entender. Lanzó una furiosa maldición, al mismo tiempo que el rostro se le empurpura. Sacudió con más fuerza a la esposa:

—¡Tenías un amante!... ¡Tú!... ¡Infame!... ¡Un amante!... ¿Quién, quién era?... ¿Cómo se llamaba?

Ella no contestó; no hizo siquiera ademán de substraerse a la brutal presión de aquel puño que le martirizaba el brazo desnudo. Lloraba y gemía: "Se muere... Se muere..."

## LOS CAUCHEROS

Viene de la página 8.  
—...la vela... mardita... er chino...

Y se metió brusquero adentro. El patrón, petrificado como árbol, no chistó. Empezó a inquietarle el gimoteo de la chola. Algo le hormigó en sus carnes, algo lo incitó con la gelatinosidad de una espundia... A su lado, apegada, la montuvia se sacudía la nariz, con el corpiño...

Los tigres se alejaron. De nuevo aquellos hombres reanudaron la tarea. Tórax al sol, trepados en las ramas, succionaban, la savia lechosa. Avanzaban picando cortezas. Eran golpes furiosos, violadores de troncos intocados. Los gritos encrepaban el silencio.

—Añoche vorvieron a robá...  
—La tarea der tío Lucas la'an limpia der maroma...  
—Er patrón jestá peó q'er tigre dianoché...

Llegaron a la orilla de un estero de aguas prietas. Dos estacadas detenían como compresas, el curso del agua. El patrón, más repulsivo y sombrío que aquellas pútridas aguas, mandó a picar la trampa de pescar. Y al romperse el dique de caña, saltaron los "bocachicos" y "dícas" y entre hojas de cacao, crispado y ventruco, el cuerpo del chino ahogado, daba sinietras volteretas. Al vaciarse el agua, trozos de caucho "andullo", se apelotonaban en aquella ciénega. El rostro del patrón era un pedazo de "chontá". Pero su serenidad se quebró, cuando tras él, Adelo, chupaba una caña de azúcar...

Creyó verle aún sus dedos ensangrentados... rezumando flema de guarú... Y tuvo "recelo"...

Cauchales marchitos, agobiados, semejaban gigantes a los que una

sangría han dejado inválidos. Algo detestable alarmó la actividad de los caucheros. Seis hombres, con raídos uniformes, aspecto patibulario, famélicos, portando mohosos rifles, se acercaron con ceremonias militares, ante el patrón.

—los... rurales... caracho!... Y ese vocablo hizo poner terroso a esos caucheros. Los billetes colorados que manoseaba el patrón, se estrujaban en los sarmentosos dedos del "inpector", y desaparecían ávidos, en sus asquerosos bolsillos. La voz "der patrón" se volvió silbido de culebra.

—Oiga, jefeecito, er Adelo mató ar chino... malogró ar Terencio pó la mujé...  
—Lo llevamos ar pueblo?...  
—Guá... tome cien más... clávele la ley'e fuga... pó q'er bruto a de decaí q'fue mandao pó mí... je... je...  
—Otro colorao, patrón, pó er secreto...

La sonrisa de éste se hizo enorme; su mente se aligeraba de algo como un matapalo... El "rural" sacó el sable, y cuando el Adelo se resistió como animal, le cayó a planazos en "nombre de la ley y der teniente"...

Se picaban los caucales con más brios. Al desaparecer los "rurales" con una presa, huía de esos caucheros un hábito de muerte. Y en sus mentes adormiladas rondaba una oración "ar justo jué pó er alma der Adelo". Reverdecían los caucales sangrados. Bufaba multiforme la rñontaña. Chasquidos de machete y remecimientos de follajes. Y el patrón, más altanero, enronquecía:

—Pujen muchachos... a cauchá maroma... na'a pasao poa qué... a cauchá... a cauchá...

André BIRABEAU.

José PAREDES-LITARDO.

André BIRABEAU.

André BIRABEAU.

André BIRABEAU.

André BIRABEAU.



SEÑORITA MARY SAMAYOA, de la sociedad de Guatemala.



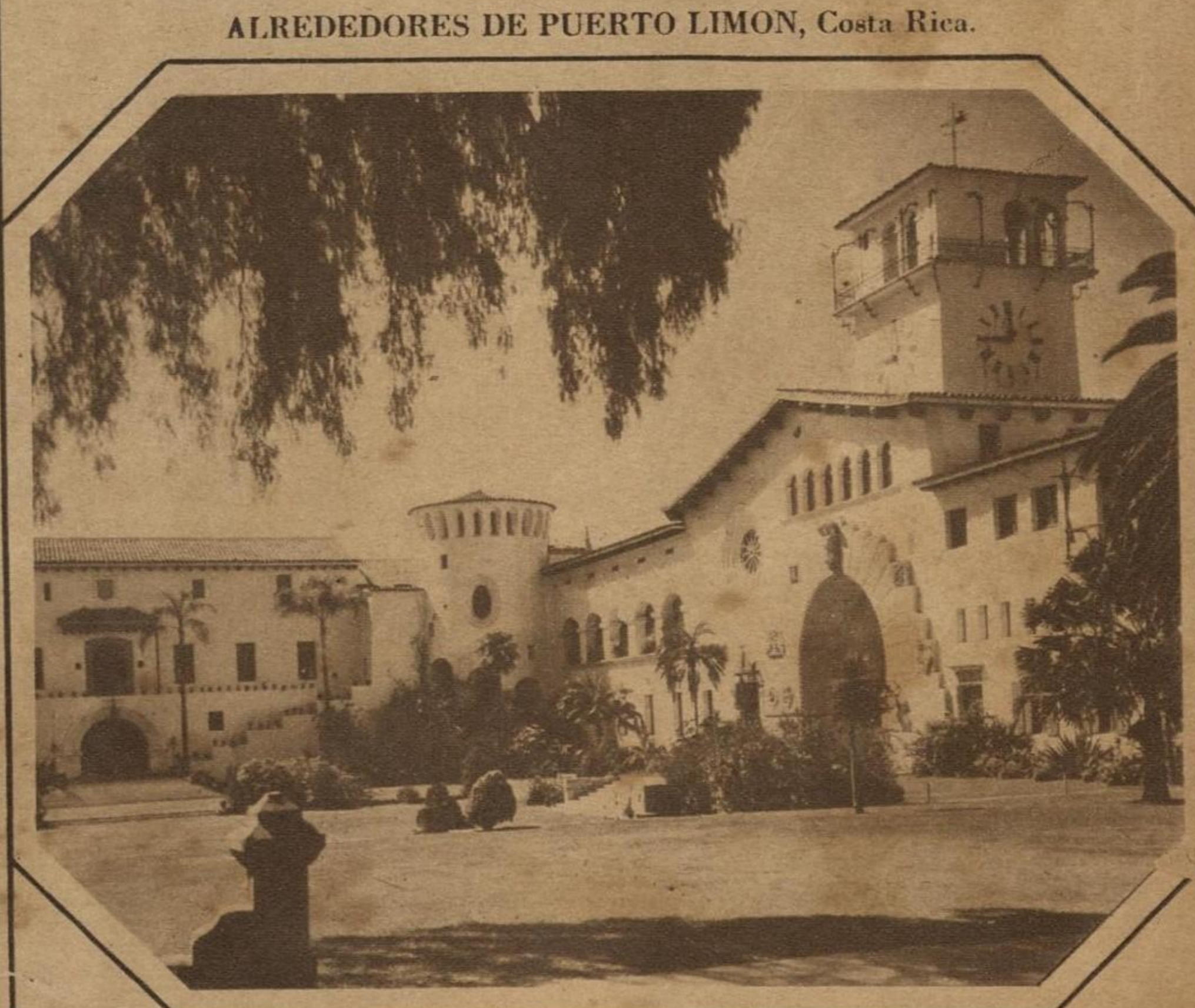
EL ENCANTO DE VENECIA parece conservarse inalterable a juzgar por esta reciente fotografía del Gran Canal mostrando al fondo el célebre Puente del Rialto.



ALREDEDORES DE PUERTO LIMON, Costa Rica.



LA EXHUBERANTE BELLEZA DE FAITH BACON, estrella de los Follics, estalla en este estudio fotográfico de Murray Korman, de Nueva York.



EL PALACIO DE JUSTICIA de Santa Bárbara, California, de estilo netamente árabe-español, se considera como uno de los más bellos del mundo (Cortesía de Karl... a Bárbara.)



RETRATO DE HANS IMHOFF, por A. Durer (1471-1528)

Las maravillosas características de la obra del gran maestro alemán del Renacimiento, se admiran en este lienzo poco conocido, que forma parte del Museo del Prado, en Madrid. Durer tiene más fama como pintor de escenas religiosas, pero su talento como dibujante y grabador ha sido, muchas veces superado en la historia del arte.